

DEPORTES GRIEGOS E INGLESES*

**Alfonso Gómez-Lobo, Claudio Véliz,
Arturo Fontaine Talavera y Ernesto Rodríguez**

En estas páginas se recoge el diálogo que se suscitó tras las conferencias “Las Olimpiadas en el mundo antiguo” y “Los deportes en equipo: Un mundo hecho en inglés”, presentadas por Alfonso Gómez-Lobo y Claudio Véliz, respectivamente, en el marco del seminario “Deportes griegos e ingleses” organizado por el Centro de Estudios Públicos en agosto de 1996. Ambos expositores y sus comentaristas —Arturo Fontaine Talavera y Ernesto Rodríguez Serra— hacen acotaciones, observaciones y precisiones que ahondan en algunos de los muchos aspectos históricos, antropológicos, sociológicos y aun psicológicos envueltos en la práctica de los deportes, así como en el carácter y significado de los Juegos Olímpicos.

ALFONSO GÓMEZ-LOBO. Ph. D. Universidad de Munich. Profesor de Filosofía de la Universidad de Georgetown. Autor de numerosas publicaciones sobre filosofía griega, entre ellas cabe mencionar su libro *La ética de Sócrates* (Fondo de Cultura Económica, 1989).

CLAUDIO VÉLIZ. Ph. D. En Historia, The London School of Economics. En la actualidad es Director de The University Professors, Boston University (EE. UU.); profesor emérito de sociología de La Trobe University (Australia) y profesor de Historia en la Boston University (EE. UU.).

ARTURO FONTAINE TALAVERA. M. A. en Filosofía, Universidad de Columbia. Licenciado en Filosofía de la Universidad de Chile. Profesor del Instituto de Ciencia Política de la Universidad Católica de Chile. Director del Centro de Estudios Públicos.

ERNESTO RODRÍGUEZ. Profesor de las Facultades de Economía y de Arquitectura de la Universidad Católica de Chile. Coordinador del área docente del Centro de Estudios Públicos.

*La presente versión corresponde a una transcripción editada por revista *Estudios Públicos* del coloquio que se llevó a efecto el 22 de agosto de 1996, en el marco del seminario “Deportes griegos e ingleses” organizado por el CEP. Véanse en este mismo volumen, las exposiciones de Alfonso Gómez-Lobo “Las Olimpiadas en el mundo griego”, y de Claudio Véliz “Los deportes en equipo: Un mundo hecho en inglés”.

ALFONSO GÓMEZ-LOBO:

La exposición de Claudio me ha parecido no sólo excelente, sino muy entretenida: con tanta pasión y entusiasmo por los juegos ingleses. No sé si tengo el mismo entusiasmo por los juegos griegos. Pasa además algo bien interesante, y es que a mi entender hay una convergencia de interpretaciones. Si ustedes estuvieron aquí el lunes para mi conferencia, recordarán que, en lo esencial, estoy de acuerdo con él. Porque, efectivamente, cuando se iniciaron los Juegos de 1896 y se les llama Juegos Olímpicos, existe la pretensión de hacer renacer los juegos antiguos, pero esta vez en un espíritu muy, muy distinto. De eso no me cabe la menor duda. Sin embargo, me gustaría acotar algunas cosas en forma un poco desordenada. Por ejemplo, eso de los guantes de boxeo. Ciertamente la práctica griega era brutal; en Filóstrato y en algunas otras fuentes queda claro que el propósito de los guantes era, inicialmente, proteger las manos del púgil que los tenía puestos. No era proteger al adversario. Y por eso es que la evolución del guante antiguo, creo que lo dije el lunes, fue en la dirección de agregarle piezas duras, metálicas, hasta que se llegó al temible guante de boxeo romano. En ese sentido, es indudable que en los tiempos modernos se ha intentado suavizar la violencia del atletismo griego. Obviamente, cuando se habla de orígenes, en ningún momento he pretendido que, en forma absoluta, todo deriva de Grecia; lejos de mí tal cosa. El mismo boxeo y la lucha son fenómenos bastante universales, que se encuentran en culturas muy diversas, por ejemplo en los luchadores de sumo de Japón, que no creo que hayan leído nunca a Tucídides ni nada que se le parezca, y sin embargo luchaban igual.

Lo que me parece particularmente relevante de lo dicho por el profesor Véliz es el aporte británico a la sistematización: el ordenar una práctica social que ya existe y darle una forma que termine siendo canónica; o sea, estableciendo reglas que definen en qué consiste hacer o no hacer trampas: el *fair play*. Eso me resultó muy iluminador, y ahí yo quisiera agregar lo siguiente: entre *amateur* y profesional, entre *gentleman* y *player*, Claudio enfatizó que el *gentleman amateur* no hace trampas. A mí me parece que *no debería* hacer trampas. Pero es que el profesional tampoco debería hacerlas. La distinción entre *amateur* y profesional, entonces, no está entre hacer o no hacer trampas. En ambos casos la trampa es condenable.

Ahora, la intención griega es ganar y ganar a toda costa; la intención británica, si la entiendo bien, es jugar y jugar a toda costa. En este punto de nuevo voy a reiterar algo que dije el lunes, y es que en la concepción del deportes *amateur* hay un factor de clase que pasa fácilmente inadvertido. ¿Quién es un *amateur*? Una persona que no necesita el dinero que pudiera provenir del deporte. Por eso se dice que es un *gentleman*. Recuerdo ese

típico brindis británico: *My lords, ladies and gentlemen*, en que los *gentlemen* están como en una tercera categoría. Pero, en fin, son la gente adinerada. Y en cambio ¿quién es un profesional? Es alguien que tiene que ganarse la vida y, Dios nos perdone, tiene que competir para ganar un premio. Peor todavía, tiene que trabajar. Esto está muy explícito en las primeras reglas del Comité Olímpico Internacional suscritas por Coubertin. Expresan claramente que no es que se trate solamente de personas que no han hecho dinero practicando deportes, sino que deben ser personas que nunca han ganado dinero. O sea, era una forma de excluir a las clases trabajadoras a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Hay incluso un documento de un periodista inglés que dice explícitamente que la gente de clase baja tiene que entender que, aunque no hayan ganado dinero con el deporte, no pueden competir.

Tengo un juicio muy negativo frente a esa actitud, y por eso me importó mucho señalar que el amateurismo, entendido de esa manera, no es un fenómeno griego. Los triunfadores griegos son a veces nobles de Tesalia, tiranos de Siracusa, etcétera, pero a veces también es un cocinero. Esa es una diferencia muy importante.

Respecto de los juegos modernos, tengo entendido que en Inglaterra comenzaron los primeros, ya en 1640. Y ahí tenían como premio, qué sé yo, 500 libras esterlinas. El que ganaba la carrera era el que se llevaba ese dinero, y muchos de los que competían evidentemente eran campesinos. Es en reacción a eso que se crean los clubes de deporte *amateur*, en Londres, en 1867, y paralelamente en el Exeter College y en otros *colleges*. Pero no olvidemos que la distinción que se hace es una distinción de clase, destinada a evitar que participe gente de otra clase.

Ahora, claro, la gimnasia alemana: no sé si ustedes tienen la experiencia del Turn Halle alemán. Es terrible, realmente: la disciplina, la rigidez. A mi juicio los ingleses hicieron muy bien en desterrar ese tipo de deportes; cuando organizan las primeras Olimpiadas se las arreglan para dejarlos fuera. Reinventan las Olimpiadas e incluyen algunas de las pruebas clásicas, pero van dejando de lado cosas que no quieren tener. Al mismo tiempo agregan otras. Por ejemplo, se agrega la famosa carrera de Maratón, para la cual no hay ningún antecedente antiguo; alguien la inventó a fin de crear un nuevo rito. Y otro rito espurio del mismo tipo es la antorcha olímpica: los griegos no tenían antorcha olímpica. Lo que sí había en la forma más antigua de los juegos, antes que sacaran del Altis el estadio de Olimpia, o sea cuando la carrera todavía era hacia el altar de Zeus, es que el ganador de esa carrera tenía el privilegio de encender los sacrificios, la hecatombe. Lo que me parece que es algo muy distinto. Resumiendo: en lo esencial estoy absolutamente de acuerdo con Claudio, y hago nada más que estas acotaciones.

CLAUDIO VÉLIZ:

Quiero agregar algo muy breve. Esta cuestión de las clases es bien interesante, porque antes de las primeras Olimpíadas, durante varias décadas, el deporte más popular en Inglaterra era el fútbol, de eso no cabe ninguna duda. Pero nadie se le pasó por la mente incluirlo en las Olimpíadas por esa razón. Y lo mismo sucedió durante la primera mitad de este siglo, cuando sin ninguna duda el básquetbol había adquirido ya popularidad universal, y tampoco fue admitido. Eran deportes para trabajadores, para eso fueron inventados, y por eso no tuvieron admisión en las Olimpíadas.

ARTURO FONTAINE TALAVERA:

He quedado impresionado con las presentaciones de Alfonso Gómez-Lobo y de Claudio Véliz y francamente admirado de su conocimiento de materias deportivas, que por supuesto supera con mucho el mío.

A mi juicio, la diferencia central entre los deportes en Grecia y los modernos, y no sé qué explicación tiene, es lo que en los deportes griegos significa el ganar. Alfonso dijo que el ganador de la prueba de velocidad daba nombre al año, y se contaban los acontecimientos en función de ese dato. Es el punto de referencia para la cronología. Y dijo por supuesto que Píndaro, el más grande poeta, obtenía suculentos honorarios por sus poemas compuestos en homenaje a los ganadores, pagados por las familias de los ganadores que podían pagarlos. Además tenían derecho a ser esculpidos, un privilegio de figuras muy excepcionales. Es decir, lo que parece distintivo es que la competencia atlética griega suscita y requiere una manifestación cultural del más alto nivel. Hay un entrelazamiento entre el mundo de la competencia física, por así llamarlo, de la competencia física regulada, y el mundo de la alta cultura y la religión; se trata de un acontecimiento que reúne todo esto en una sola mano, digamos.

El deporte moderno no tiene esta necesidad, no existen grandes artistas que immortalizen a los grandes deportistas. Nadie espera que el canadiense Donovan Bailey, que ganó hace pocos días los cien metros planos en las Olimpíadas de Atlanta, suscite el poema más importante del año, y puedo asegurar que ninguna compañía va a pagarle a ningún poeta para llevar a cabo tal obra. Me parece una diferencia que requiere meditación. Ése es un punto.

Dicho esto, veo que sin embargo hay una suerte de equivalentes modernos, aproximados, en la televisión y la prensa. Quiero decir, el básquetbol, por ejemplo, se ha popularizado mucho, en buena medida gracias a la televisión; en particular gracias a la posibilidad de mostrar en cámara lenta lo que hace el basquetbolista en el momento en que encesta, cosa que

en la realidad es muy difícil de observar. Otro caso: hemos visto en las últimas Olimpíadas, en Atlanta, primeros planos de quienes saltan vallas hacia nosotros, lo que es imposible en la realidad porque los corredores pasarían sobre uno; y hemos visto también que la cámara sigue a los corredores, sin interrupción, durante por lo menos los últimos cien metros de todas las carreras, lo que también es imposible de ver en la realidad. En el salto ocurre otro tanto. Decía Alfonso Gómez Lobo en un momento magnífico de su exposición que la célebre escultura de Poseidón recoge un instante brevísimo del lanzamiento de la jabalina, y sin embargo, habiendo sido un movimiento pleno de actividad, produce en la escultura una sensación de reposo. Sólo quien hubiese visto muchas veces a los atletas lanzar la jabalina podría recoger ese instante y detenerlo. Pues bien, algo parecido ocurre hoy a través del video y de lo que el video implica. Dicho que no es Píndaro quien está ahí, también hay que decir que hay una necesidad de fijar a través de la cámara, de alguna manera, lo que ocurre en una cancha o una pista, y que es tan terriblemente efímero. No es trivial que la crónica periodística, aunque no esté en manos de Píndaro, tienda a contener a veces un número embarazoso de metáforas. Y cuando esto se hace bien, por ejemplo en *The Spectator*, se logra literatura, es decir, se logra buena escritura. Hoy día el deporte suscita este tipo de actividad, aunque no sea Píndaro quien esté a cargo de ello. Hay una necesidad de celebración y de registro histórico que sigue siendo parte del fenómeno.

Ahora quiero dejar planteada una inquietud, a ver si los provoco un poco y hacemos más variado el debate. Noto que ustedes no consideran mayormente el tema de la presencia de la muerte en los deportes, y yo lo estimo central. Todos los deportes implican un riesgo, riesgo de perder públicamente y con reglas establecidas. Eso hay en común entre el mundo griego y el mundo contemporáneo. Hay un trazado de reglas imparciales que permiten saber a ciencia cierta quién gana y quién pierde. Eso es algo que raramente se da en la vida humana: espontáneamente no ocurre. Uno puede saber quién es más alto o quién tiene más peso, pero lo normal es que sea muy difícil producir una situación de competencia a base de reglas imparciales; y desde el momento en que uno lo hace, ya se está acercando al mundo de los juegos, al mundo de los deportes.

Tenemos una intuición de lo que es ganar y de lo que es perder, de lo que es el triunfo y la derrota; pero las situaciones de la vida común no permiten aplicar con precisión estas intuiciones. Las circunstancias reales de la vida contienen una pluralidad de dimensiones y aspectos, muchos de ellos particularísimos, muchos de ellos ajenos a la responsabilidad del individuo, como para que nuestras intuiciones de triunfo y derrota operen de

un mundo parejo, universalmente reconocible. Los juegos crean entonces una situación artificial, ficticia, en la cual el concepto de victoria y de derrota quedan perfectamente definidos. Las reglas del juego definen lo que es ganar y lo que es perder. El intento de ganar, según lo determinan las reglas, da sentido al juego deportivo y a la competencia atlética. Las reglas acordadas configuran un contrato. Se contrae el compromiso de competir según lo estipulan las reglas.

Lo que eso produce es la posibilidad de perder, el riesgo de perder, en forma pública, visible, precisa (incomparablemente más precisa que lo que permiten las circunstancias ordinarias de la vida) y, por cierto, dolorosa, avergonzante, a veces. Nadie que haya jugado con ganas ha perdido sonriendo con sinceridad. Lo cual se me cruza un poco con la idea de que lo que importa es competir y no ganar. No creo eso. No creo haber corrido jamás una carrera sin haber querido ganar. Y mentiría si dijera que alguna vez perdí sonriendo. Perdí con una sensación de demolición interior, digamos, y cuando gané... era una maravilla. A nadie le gusta perder. Hay caballerosidad y nobleza cuando se felicita por su triunfo. Y la hay en la misma medida en que sobreponerse a la derrota duele. Controlar ese dolor ennoblece. Lo que se dice con ello es: reconozco mi derrota y tu victoria; renuevo, ahora como perdedor, mi compromiso con las reglas del juego que definen tu condición de ganador y mi condición de perdedor. Hay para mí resonancias litúrgicas aquí. Es un acto de esfuerzo, hay que hacerlo porque está bien, pero reconoczamos que lo que está operando es la sublimación de una actitud que en su raíz tiene que ver con la violencia y cuya forma más pura es la matanza. O sea, aquí estamos recogiendo ritos ancestrales que han sido sublimados y civilizados, pero en los que subyace un nivel de agresividad que no se puede negar. Reconocerlo así le da más grandeza y reciedumbre a la competencia deportiva justa, es decir, al juego limpio.

Así que no creo en estos *gentlemen* que se dan la mano, se felicitan y no quieren ganar sino sólo competir. Creo que cuando uno tiene al frente al adversario, uno quiere ganarle. La voluntad de victoria da sentido a la competencia. Y uno quiere ganar en buena ley, pero es que lo mismo pasa siempre, uno nunca quiere ganar en mala ley: sólo que de repente se arranca el cuerpo, se desboca la pasión, en fin... Uno quiere ganar en buena ley, pero quiere ganar. Y este querer ganar tiene que ver con un instinto de agresión que ha sido canalizado en forma civilizada a través de las reglas del juego. En última instancia, creo, se trata de una domesticación del miedo, una domesticación de la muerte. Sobre este trasfondo se ponen en juego los juegos deportivos.

Por eso nos admiran los deportes de riesgo, por eso nos impresionan

los automovilistas, el alpinismo en condiciones extremas, los que vuelan; es decir, hay una admiración hacia el manejo inteligente del riesgo, que no se puede dejar fuera del fenómeno, que es parte esencial de su belleza, de su atracción. Y es lo que une a espectadores con competidores. Es porque hay riesgo, entonces, que nuestros deportistas juegan, a mi juicio, un papel sacrificial. Por eso nos indignamos cuando lo hacen mal y gritamos de alegría cuando lo hacen bien, porque nos están representando. Hay ahí un papel de víctima sacrificial que apunta a mecanismos muy antiguos, que están ahí hundidos, que han sido transformados, modificados por la civilización, pero que siguen en contacto con esas peligrosas y misteriosas fuerzas ancestrales. Es indudable que la camiseta toca algo no sólo entre los que están en el equipo, sino entre los que están fuera del campo, gritando enloquecidos, a veces insultando a sus jugadores, porque en el fondo son ellos los que vicariamente están allá.

Dentro de la cancha los jugadores apenas oyen si el grito es a favor o en contra, si fue para ellos o para los otros, salvo en situaciones extremas; cuando uno está adentro no sabe quién grita, oye una gritería general no más. Pero sí sabe que son o los de uno o los del otro lado. Es una suerte de simulacro de la guerra. En el rugby, si se trata de All Black, la danza ritual que cantan antes de iniciar el juego, lo hace explícito: es obviamente un canto de guerra tradicional con el cual se invoca un combate, un combate transfigurado, pero combate al fin.

Siento que es verdad lo que sostienen autores como Conrad Lorenz: hay un instinto de agresión en el ser humano sin el cual no se puede entender ni la sexualidad ni, como él dice, la sonrisa. Porque para Lorenz la sonrisa es una modificación de la agresión, es decir, en la agresión uno muestra los colmillos: cuando nuestros antepasados veían a un extraño, puesto que probablemente vivían en comunidades muy cerradas, la reacción era mostrarle los colmillos, y tal vez las garras, las manos, en actitud de ataque. Lorenz dice que esto se cambia por la sonrisa con la cual nos saludamos, en la que se muestran los dientes y los colmillos, pero pacíficamente, apaciguadoramente, así como por el dar la mano. Al dar la mano uno está diciendo que esa mano no va a herir, y así es como nos saludamos, una mutación que de alguna manera está montada sobre un área de agresión primigenia.

Pienso que los deportes recogen eso y lo subliman, lo transforman; que, en el fondo, no se puede entender la competencia y la pasión que conllevan si uno no se hace cargo de esos elementos primitivos que están en juego: agresión y violencia, reglas y domesticación de la muerte, riesgo y sacrificio, victoria y derrota, vida y muerte...

Ahora, obviamente, el manejo de las emociones primitivas que hace el deporte, es lo educativo, lo formativo. Hay virtudes —lealtad, obediencia a la autoridad, honestidad, autocontrol o continencia, justicia—, sin las cuales las reglas que definen las nociones de victoria y derrota no se respetan. La ruptura del contrato —de las reglas— hace imposible continuar la competencia; borrona la definición artificial de victoria y de derrota que se había acordado. Los juegos deportivos nos ejercitan en la práctica de esas virtudes y también de aquellas que son necesarias para adquirir destrezas y alcanzar la victoria: perseverancia, espíritu de superación, entrega y generosidad, amor a la excelencia, valentía y arrojo, solidaridad y cooperación con el equipo, capacidad de resolución rápida, sentido de la oportunidad... La competencia regulada supone controlar, procesar y redirigir la violencia y la agresividad. Se trata de un proceso de represión y de canalización de instintos. Si Freud tiene algo de razón, bueno, en eso consiste nada menos que la civilización, ¿verdad?

Pero la fuente de todo esto es misteriosa y difícil de agarrar, se pierde muy atrás... Después de las exposiciones de Claudio Véliz y de Alfonso Gómez-Lobo, he quedado un poco en esta situación de asombro y, digamos, de inquietud porque el tema es más complejo de lo que uno puede pensar a primera vista, y tiene raíces hondas.

ALFONSO GÓMEZ-LOBO:

Me parece claro que quien se tiene que hacer cargo del problema de fondo es Claudio y no yo, pero si me lo permiten quiero hacer un par de observaciones, algunas con algo de información histórica.

Me parece que un famoso entrenador norteamericano era quien decía “muéstrenme un buen perdedor... y les mostraré un perdedor”. Por cierto, la idea es que el buen perdedor es la persona que no tiene la tenacidad, la fuerza, la agresión, la determinación propias del mal perdedor, es decir del tipo que quiere ganar a toda costa.

En cuanto a la ignominia, la vergüenza, la humillación de perder, que sería un factor determinante en la voluntad de ganar, enfatizada por Arturo, quisiera dar un dato interesante. Las listas de vencedores olímpicos fueron compiladas por primera vez por el sofista Hipias de Elis —a Aristóteles también le pagaron para que hiciera la compilación de los vencedores de Delfos. Más tarde esas listas fueron recopiladas por un escritor del siglo II d. C. que se llama Sexto Julio Africano, y a su vez terminaron en la crónicas de Eusebio de Cesárea; o sea, si ustedes quieren leer las nóminas de los vencedores de Olimpia, tienen que ir a Eusebio de Cesárea. Felizmente hay un italiano que las reeditó, el señor Moretti, y uno puede encontrarlas ahí.

Si se las mira con cuidado, resultan elocuentes. Por ejemplo, hay cantidad de espartanos que ganan carreras, sobre todo en la primera época de los Juegos Olímpicos. Y prácticamente no hay ningún espartano que gane el pancracio o la forma extrema de lucha libre. La pregunta es, entonces, ¿por qué, cuando eran magníficos atletas y pasaban la vida dedicados a eso? La hipótesis más clara, que además ha sido confirmada por algunos textos, es que los espartanos no participaban en estas competencias porque, bien, ahora existen los *rounds* en el boxeo, y se puede ganar o perder por puntos, y después de diez o quince *rounds* se termina el combate; pero como en la antigüedad esto no ocurría y alguien tenía que rendirse levantando un dedo, semejante cosa resultaba la ignominia extrema para un espartano. Y para no sufrir eso, sencillamente no competían. Esto confirma la idea de riesgo, y la idea de muerte, me parece.

Voy a hacer una última acotación sobre el papel de víctima sacrificial del deportista. Creo que Arturo tocó ahí un tema muy importante, que a mí se me fue en realidad por falta de espacio, y es que hay algo en el deporte griego, de este tipo, que se sacrifica: quizá en términos modernos y abstractos diríamos que lo que se está sacrificando es energía, o vitalidad, o agresión, y de ahí la conexión entre atletismo y ritos funerarios. Algo de eso creo que dije, que hay un contraste en este derroche extremo de energía frente a alguien que ha perdido la energía: el muerto.

Y que esto tiene un fundamento más allá de la imaginación de Arturo y de la mía se puede demostrar porque los griegos coronaban a las víctimas de sacrificio, por ejemplo en las hecatombes, con coronas muy similares a aquellas con que coronaban al ganador de la carrera. La idea de sacrificio es muy central. Sacrificio por cierto profundamente religioso y, en el caso de Olimpia, en homenaje a Zeus.

CLAUDIO VÉLIZ:

Sí, no cabe duda de que hay un proceso de sublimación, palabra que nunca me ha gustado mucho, pero, en fin, creo que entiendo lo que quiere decir: que uno se traga esto de salir segundo y pone buena cara. Pero la cosa es todavía más complicada, creo. Me parece que hay una especie de incompreensión de las bases de lo que consideramos civilización. Y es la creencia de que la civilización descansa sobre la palabra “sí”, cuando en realidad descansa sobre la palabra “no”. El sí es el camino a la barbarie: una hilera de sí.

Pienso un poco en la visión que mucha gente tiene de la naturaleza, que es a través de la televisión. En la televisión uno ve la selva, pero está muy cómodo, no hace calor. Ve la Antártida y está muy cómodo, no hace

frío. Y ve volar a estos pájaros, algo como lo que decía Arturo de la filmación de las Olimpiadas, estos pájaros magníficos que son los albatros, planeando sobre el mar del sur..., pero el albatros defeca en la mitad de su vuelo; y nosotros no. Es decir, civilización es no, una sucesión de nos.

Uno de los problemas más interesantes de la civilización occidental, del momento cultural actual, es que en los países que están en la vanguardia de la modernidad industrial hay una sola virtud, que es la tolerancia, y eso es muy peligroso. Se tolera todo. Olvidando, sin embargo, que la tolerancia es una virtud solamente si hay “algo” que tolerar, porque si se tolera todo, entonces deja de ser una virtud.

Ahora bien, creo cada cosa que ha dicho Arturo, evidentemente, pero estoy seguro de que él nunca ha jugado un cricket, un jugador de cricket no podría haber dicho todo eso, porque en el cricket no cabe la menor duda de que no hay ignominia en perder, si se ha jugado un buen partido. Incluso la inmensa mayoría, no sé si la inmensa mayoría pero sí un gran porcentaje de los partidos de cricket, termina en empate. Unos empates absolutamente hechos en Inglaterra, son lo más raro que hay, no voy a describirlos, pero es perfectamente factible y real que se juegue un excelente partido de cricket en que todo el mundo quede contento y empaten y ninguno de los dos gane.

Un amigo mío que es un jugador de golf de bastante importancia me dice que cuando este deporte se sistematizó por primera vez ocupaba una página. El reglamento del golf ocupaba una página: hay que pegarle a la pelotita y meterla en los hoyitos y muy poco más. Ahora ese mismo reglamento parece una guía de teléfonos. Porque resulta que el origen de esto, origen incluso desde el punto de vista social, envuelve a gente que sabe lo que se puede hacer y lo que no se puede hacer. Y aunque no te estén mirando, aunque mires para todos lados y nadie te esté mirando, tú no haces trampa. Hoy desde luego que no te quitan el ojo de encima mientras juegas golf, por sí mueves la pelota para allá o para acá. Pero lo concreto de estos reglamentos es que se hacen necesarios cuando se abandona la idea original del deporte, cuando la gente empieza a hacer trampas; cuando la gente se está inyectando cosas, se hace necesario que le saquen sangre para ver si se ha inyectado algo. Terminamos con una enorme lista de reglamentos cuando la gente no está jugando el juego como se debe jugar.

Y no cabe la menor duda de que esto tiene una base social. Los alumnos que iban al Rugby School eran muy diferentes de los que iban a escuelas realmente públicas. Y el ideal de deporte que impresionó a Couber-tin, porque en realidad estamos hablando ya de su universalización, fue un ideal que venía de ese tipo de institución y que había sido influida por ese

tipo de tradición cultural, así que ahí tienes razón, en cuanto al deporte ya popularizado. Pero la experiencia de la persona que juega el deporte como debe jugarse no tiene esa parte ignominiosa, tiene muy poco de eso.

Cuando yo era más joven, en la universidad, en Estados Unidos, trataba por supuesto de sacarle el cuerpo a trabajar demasiado; llegó un momento en que tenía que tomar créditos y miré todos los cursos que podía tomar y todos eran muy difíciles, pero había uno de tenis y yo sabía que si se agarra una paleta y se le pega a la pelota, pum, para enviarla al otro lado, se llama tenis. Decidí, entonces, tomar el curso de tenis. Por dos créditos, o algo así. Durante las dos primeras semanas fue pura teoría, cómo se hace la raqueta, cómo se hace la pelota, quién inventó el tenis. Finalmente fuimos a la cancha, empezamos a jugar... y yo lo estaba pasando fenomenal. Pero entonces llegó el profesor y nos dijo que eso era un desastre, que se trataba de una cosa seria, que parecía que lo estuviéramos pasando bien y que era el colmo: tienen que jugar cada punto, nos dijo, como si su adversario fuera su peor enemigo, y como si meterle un punto fuera matarlo. Nada de cuestiones, hay que defenderse del peor enemigo y, si no, no van a llegar a ninguna parte. Entonces empezamos todos a rugir y a jugar como desesperados.

He meditado después sobre esto, que es perfectamente cierto, me ocurrió a mí: estar jugando ahí como si estuviera pasándolo bien, en vez de estar esforzándome. Y creo que el esforzarse a tales extremos viene del profesionalismo: el profesionalismo le ha puesto una inyección de urgencia a este tipo de actividades que las desvirtúa completamente, no cabe ninguna duda. Se han transformado en entretenimientos pagadas. Hay un señor que se llama Roger Clemens, que juega por un equipo de béisbol de Boston, y cuyo gran talento es tirar una pelota contra un palo. El tipo le pega al palo con la pelota, y este año su contrato anual es de diecisiete millones de dólares. Yo creo que no sabe leer ni escribir, pero tira la pelota contra este palo. Bueno, eso es una farsa: esos tipos son, cómo se llaman, prestidigitadores, en fin, son actores.

A tal punto llega esto que incluso ya hay en la opinión pública, aquí en Chile, la sospecha de que al Colo Colo, en el último partido que jugó, le convenía perder; porque si ganaba se iba a distanciar del resto, que el campeonato ya no tendría interés. Convenía que perdiera ese partido, y lo perdió. Un chofer de taxi fue quien me dijo esto, qué barbaridad. No es cuestión de que lo haya perdido intencionalmente, pero la sospecha ya está ahí. Porque para qué están estos tipos, para entretenernos, ¿no es verdad? Y ¿por qué?, porque así ganan dinero. Y si hay un equipo que es mejor que todos y empieza a ganar todos los partidos, esto se va a poner más aburrido que el diablo, así que mejor júntense y mira, ahora te toca ganar a ti, ahora a ti...

ARTURO FONTAINE TALAVERA:

Creo que es al revés. Un jugador gana diecisiete millones de dólares por algo; porque nos importa mucho cómo juega; no sabemos exactamente por qué es, pero se trata de algo que se hunde muy adentro. De hecho, el deporte, casi siempre que se ha jugado con mucha perfección, ha sido pagado. Y eso que se paga, que nosotros los espectadores estamos pagando indirectamente, es un síntoma de lo mucho que está en juego en los deportes competitivos. Esos aristócratas que plantea Claudio, y que empatan... Bueno, yo no sé nada de cricket, el cricket me supera por completo; le reconozco un conocimiento que no tengo. Tuve un profesor inglés —no, era galés en realidad— muy aficionado al cricket, que me dio algunas lecciones cuando yo era adolescente, pero tomé la decisión de no persistir en ese arte porque era demasiado complejo para mi inteligencia, tenía un conjunto de reglas que yo no era capaz de entender.

En Anna Karenina, Vronsky, el amante de Anna, es un joven oficial en un momento que en Rusia se hace sentir la influencia europea y, desde luego, inglesa. Una de las pruebas que se habían incorporado recientemente, según aparece en la novela, es el steeplechase a caballo, que también tiene un uso como preparación militar. Esto desde luego no es nuevo: los deportes, en sus orígenes, se vinculan a la preparación para la guerra. Alfonso Gómez-Lobo dijo en su presentación, que la carrera de los hoplitas, una de las pruebas tradicionales de las Olimpiadas griegas, pudo haber sido decisiva en la victoria de Maratón. Vronsky participa en esta carrera de caballos; él tiene una yegua a la que ama y la ha entrenado, y sabe que en esta carrera Anna estará entre el público, lo que de alguna manera es el premio de la carrera. El corre, pero desgraciadamente, en el nerviosismo por ganar, hace un mal manejo con la rienda, la yegua se descontrapesa y cae. Entonces él, además, tiene que matar a la yegua, porque ha quedado quebrada.

Este episodio, que es bien central en la novela y tiene toda una reverberación en lo que pasa entre él y Anna, me deja la sensación de que incluso ese amateurismo de oficiales que compiten frente a la corte del emperador, por deporte, en el sentido de *amateur*, tiene sin embargo para ellos una importancia tremenda. El propio Vronky dice algo acerca de lo que fue para él matar esa yegua. En algún sentido esa muerte adquiere un carácter premonitorio. Se me ha venido a la mente este episodio de Anna Karenina porque a mi juicio muestra cómo se vive el deporte, lo sería y apasionadamente que se vive. Y también, su sugerente proximidad con el peligro y la muerte.

Creo que son las reglas las que le dan belleza a la victoria; sí, pero no

creo que uno juegue sin esa voluntad de ganar, aun cuando no haya dinero de por medio. No, yo no tengo esa experiencia del deporte tan apacible; más bien tengo la experiencia de deportes fuertemente competitivos, en los que las reglas se mantienen en tensión. Eso es lo que le da belleza y seriedad al asunto. De lo contrario no hay drama ni espectáculo. Sólo así se produce ese traslado vicario hacia quien está en la cancha, y se hace posible la función sacrificial de los deportistas más señalados. “La camiseta”: hay algo litúrgico en el vestuario propio del deportista y que alude a la identificación sacrificial, al que ellos están allí por nosotros.

Eso de que el deporte es “gratis”, no... En la cancha ningún gol es gratis... El deporte es importante en nuestras vidas, es de aquellas actividades que, como la música o las artes, nos gustan por sí mismas. Es una de las cosas que hacemos cuando estamos libres, es decir, en nuestro tiempo libre. La nobleza de lo que allí ocurre, su belleza, se conecta espontáneamente con las otras formas de belleza que nos gustan y nos importan por sí mismas. Lo que está en juego en los juegos siempre tiene que ver con la belleza. Y la belleza o toca la fibra del eros o la de la muerte, o ambas. Los juegos deportivos, como las artes, se parecen y no se parecen al juego de la vida.

ERNESTO RODRÍGUEZ:

Voy a recordar algo que decía Braque: amo la regla que contiene a la emoción. Si ustedes quieren, en vez de emoción pongan violencia. O instinto de muerte. Amo la regla que contiene a la emoción... Es decir, esa emoción terrible que fundamentalmente es el esplendor de este mundo, esplendor que nos toca, como nos toca también lo efímero de ese paso nuestro por este mundo; entramos y queremos pasarlo con esplendor: ésa es nuestra emoción. Y para no descarriarnos de este mundo al que tanto amamos, inventamos reglas, le ponemos una demora y esa demora es el juego. Es para no destruirnos que inventamos la sociedad política, hacemos ese pacto, inventamos esas reglas.

El comer tiene una regla, el deseo —para que no sea destrucción y dure— tiene una regla. El arte es esa regla. Por eso la belleza efímera del deporte nos toca tanto como la belleza del arte. Arturo apuntaba a esa cosa impresionante de lo que permite la cámara lenta de la televisión y el video. Y también son impresionantes esas fotografías de las finales de los cien metros planos, en las que uno ve cómo los cuerpos de esos hombres han llegado a un grado de perfección que efectivamente nos toca, y no nos importa en ese momento que sean o no ilustrados. Esta especie de permanente sortilegio, encanto, entre la vida y la muerte, tiene lugar en el arte y

tiene lugar en el juego. Ahora, por qué es tan importante en el juego: porque toca al cuerpo.

Pero para aludir a la extraordinaria serie de sugerencias que nos ha hecho Claudio, quisiera acercarme a los juegos en común.

Cómo se juega el juego de la vida. En el juego de la vida quisiéramos que hubiera un centro esencial, pero sólo sabemos que hay un principio y un fin. Todo el intento del conocimiento y de la metafísica ha sido señalar un *qué* fijo sobre el cual se constituye la realidad. El juego es la negación de eso. En el juego la pelota está en permanente movimiento, y si hay un *ground*, que significa también en inglés y en alemán una razón, el campo, ese campo no es ese campo tan fijo, sino el campo sobre el que se desencadena el movimiento. En ese movimiento no estamos solos. Tenemos frente a nosotros a los otros, o al otro. Yo me enfrento a otro como en un espejo. Hay once jugadores acá, once jugadores allá. Y cualquiera que haya jugado tenis, fútbol o rugby sabe que en la cancha, al frente, está él. Ése que está enfrente es él; es su espejo y, a la vez, su adversario. Y tiene que chocar con él con toda la fuerza del mundo. Como me decía un amigo rugbista: se recibe la pelota a toda velocidad, y se aumenta esa velocidad. Al mismo tiempo, hay que salvar ese tesoro prodigioso que es la pelota, para que el juego viva en permanente movilidad.

De tal manera que hay, por así decirlo, junto al intento de la ciencia y la razón por fijar, otro intento, que es dejar la libertad del juego. No es casualidad que los ingleses, que han sido los grandes inventores del deporte, hayan tenido siempre una reserva frente a la metafísica, particularmente a la metafísica que quiere dar cuenta de todo el mundo. En la corte de la reina Victoria, el príncipe Alberto, que era alemán, dice en una conversación con el primer ministro y otros importantes personajes del reino: “Pero, bueno, cuál es el sistema de todo esto, cómo se entiende...” Y los ingleses intercambian carraspeos entre ellos. Eso es lo que *no* es.

Ahora, cómo vamos a reemplazar la noción del bien y mal dentro del juego. Partamos por un concepto que es muy difícil de traducir, llamémoslo el de la buena intención, el *fair play*. Hay dos maneras de *salirse* del juego. Una es atacar al otro sin la pelota, es decir, atacarlo directamente y no en medio del enfrentamiento: ésa es el *foul*. La otra es sacar ventaja indebida, jugar *off side*. Y sin embargo sabemos que todo juego se juega en el borde del *off side*, en ese vértigo.

También quisiera señalar esto que dicen los ingleses de que uno de sus vicios es el amor por la naturaleza. Los juegos griegos se juegan en estadios cerrados, acotados. Los juegos ingleses tienen todos como campo de juego los *fields*: se juega en el campo, de tal forma que la naturaleza, el

mundo mismo, se convierten en escenario de esos juegos. Se vive hacia afuera.

Sobre la guerra, la revolución industrial y el sistema de clases. La observación de Claudio es clarísima: el brote y la organización de los juegos tiene lugar paralelamente a la revolución industrial, que significa una transformación muy grande de las relaciones sociales y de las clases sociales. Y hay aquí algo en que creo que la cultura inglesa se sale de la historia de las otras culturas europeas. Porque el caballero inglés, a diferencia del español, del francés, del italiano o del ruso, no rehúso trabajar. Los caballeros ingleses eran ociosos algunos, pero en general trabajaban. Era frecuente, desde antes de la revolución industrial, que los hijos de una familia noble, por ejemplo la familia Russell, entraran al mundo de los negocios y viajaran fuera. De modo que hay un instinto de hacer cosas y de intercambiar cosas que está el origen del deporte, y creo que está también en el origen del comercio. No son fácilmente separables comercio y deporte.

Recuerdo que Viña del Mar, que es nuestra ciudad natal, ¿Claudio?, tiene un gran campo que construyeron los ingleses y escoceses a fines del siglo pasado para las carreras. No se llama hipódromo, sino Sporting Club. Estaba lleno de canchas, en el medio. Y a esas canchas iban a jugar todos los fines de semana los empleados de las firmas comerciales. Porque el juego formaba parte de la cultura comercial. Y así como hay dolo en el comercio, hay dolo en el juego. Todo lo que es saber qué es lo que se hace y con quién yo juego y con quién hago negocios, es una cosa típicamente inglesa.

También se dice que la sociedad inglesa es muy clasista, lo que creo que es cierto, aunque no soy perito en la materia. Curiosamente, esta aptitud de los nobles para el trabajo tiene lugar junto con un sistema de clases más riguroso que en ninguna otra parte. Los ingleses dicen que recién, paradójicamente, con el gobierno conservador de la señora Thatcher, se ha venido a deshacer el rígido sistema de clases de su sociedad, que está articulado hasta en la manera como uno se viste o pronuncia cada palabra. Ustedes habrán visto una película, del tiempo de mi juventud, que es *Pigmalión*, de Bernard Shaw, y después *My fair lady*, una comedia musical; ambas tratan de eso.

Pero a la vez yo señalaría esto: que en el deporte, estando clara esta estructura de clases, hay simultáneamente conexión de clases. Por ejemplo, el gran deporte de conexión es la hípica. De los vicios deportivos que yo no he tenido, uno es la hípica, pero me tocó de cerca en los años en que vivía en Viña y me asomaba a las carreras. Las carreras son el deporte de los reyes, de los comerciantes, de la gran clase media, de la pequeña clase

media, de los borrachitos, de los vendedores viajeros, de todos. Todos juntos en torno al deporte. Trevelyan dice que posiblemente los ingleses no tuvieron Revolución Francesa porque, junto con su sistema de clases, tan rígido, mantuvieron una articulación entre ellas y permitieron lentos desplazamientos de una a otra. Al lado de lo cual había también una gran hipocresía, ¿no es cierto?

Aquí, que me perdonen los rugbistas presentes, voy a citar una fuente, que ni siquiera es laborista, es ultraconservadora. Es la revista *Spectator*, “tory”, que un amigo me presta todas las semanas y por la que tengo especial predilección. Cuenta con una página deportiva muy corta y muy bien escrita, firmada por un tal Simon Barnes, que quizá podría ser hermano de Julian Barnes, porque es un escritor extraordinario. Por ejemplo, comienza un artículo haciendo una paráfrasis de Eliot y desde ahí se pasa al rugby. Allí he encontrado observaciones muy interesantes que si estuvieran en un órgano laborista uno podría pensar que las inspira un profundo resentimiento social; pero no, están hechas en una revista que representa, entre otras cosas, lo que los ingleses llaman el *establishment*. La primera, como para conversarla después con los rugbistas que están acá, es la diferencia entre el *rugby league* y el *rugby union*, o sea entre profesionales y *amateurs*: algo que está desapareciendo en todas partes del mundo. Ya en Argentina, no sé si en Chile, hay equipos que de repente les pueden conseguir trabajo a los jugadores, y “vente a jugar con nosotros y te conseguimos una pega”... El *rugby league* se jugaba en el norte, lo jugaban los obreros, y había una clara separación de clases entre quienes jugaban *rugby league* y *rugby unión*. Es curioso que el *Spectator* esté abogando por la supresión de esa diferencia, que ya no tendría sentido.

Otra observación interesante, ahora sobre el polo, que ha sido un deporte de caballeros bien educados. O por lo menos muy ricos. Cuesta caro jugar polo. Este mismo Barnes dice, en una de las últimas revistas, que ha visto con detalle un partido y conversado con un polero. Y que es el deporte más violento y feroz que existe. Pero no lo dice como una crítica, sino como un elogio. Porque hay un momento en que efectivamente tenemos que exteriorizar ese afán agresivo que no quiere, básicamente, que, cuando vamos caminando, alguien se interponga en nuestro camino.

Una última observación. Ciertamente que esta comunidad que se forma en el juego, y Claudio lo dijo muy bien, usando un adjetivo que ayuda a entenderla, es una comunidad imaginada. Cuando entramos a la cancha, sabemos que estamos saliendo de nuestra vida cotidiana y entrando a una vida imaginaria. Tan importante es esto, que nos cambiamos de ropa. Y nos ponemos camisetas y colores y jugamos un juego imaginario... Y somos

increíblemente compañeros. La vida luego nos separa, pero lo que significa haber estado en ese juego imaginario, pasando una parte de nuestra vida, es una huella que queda para siempre, aunque el momento sea efímero. Y la relación del deporte con la guerra es muy evidente. Sin duda el steeplechase es una carrera que tiene que ver con el asalto de la caballería, y ¿qué son el fútbol y el rugby sino intentos de ocupar el campo contrario? Colocar la pelota más allá de la línea del *in goal* es, en eso yo estoy de acuerdo, una humillación espantosa. Nadie queda contento cuando pierde un partido de fútbol cinco a cero, o un partido de rugby cincuenta a cero. Por eso sabemos que es una falta grave hacer mofa del adversario después de haberle hecho un gol. Y es característico que el gran despliegue de este juego lo lleve a cabo la nación que monta el imperio más fuerte de los tiempos modernos. En los campos de las *public schools* inglesas se formaban deportistas, ministros de Estado, hombres de empresa, y se formaban también los soldados que iban a dominar el mundo y a enseñar una determinada manera de vivir en el mundo. Eso hace que frente a todo esto tengamos sentimientos tan mezclados.

Y bien, creo que ya es hora de que terminemos.

Muchas gracias a todos. ☐